

LIBROS CRÍTICAS

ENSAYO

Elefantes en un dedal

POR ANTONIO CALVO ROY

Este libro aspira a "dotar al lector de las herramientas necesarias para comprender el universo y sentirse más fuerte ante el misterio que plantea". Y para evitar tener que inscribirse en la Universidad de Princeton a recibir el curso habilitante, tres renombrados astrofísicos decidieron poner por escrito las lecciones que habían impartido a la sombra de aquellas hiedras. Ese es el origen de *Bienvenidos al universo*, la habitual frase de uno de ellos, Neil deGrasse Tyson, en la segunda etapa del programa *Cosmos*. Junto a él, J. Richard Gott y Michael A. Strauss se dividen la tarea de explicarnos todo, porque el universo lo es todo.

Con su espectacular capacidad para contar las cosas, DeGrasse empieza por situar al lector y hacer ver las magnitudes de las que hablamos cuando hablamos del universo, de tamaños, densidades y temperaturas, por ejemplo. Con rigor y con humor, ese binomio imbatible, desgana números de hamburguesas despachadas por una cadena del gremio y las pone en fila para asombrarnos y mostrar después que el número más grande de cosas que podemos contar son los 10.000 trillones de estrellas del universo observable. Es también el lugar del mayor vacío, el intergaláctico, un átomo por metro cúbico, y el de la máxima densidad, los "cien millones de elefantes en un dedal" —la densidad de una estrella de neutrones—; y el sitio donde más cambios de temperatura podemos encontrar, de los 15 millones de grados Kelvin en el interior del Sol a los 2,7 de temperatura media. Y eso es solo el principio, porque es el lugar "más extraño que podamos imaginar. Por mucho que nos esforcemos, siempre nos quedaremos cortos".

Y así, de la vida en la galaxia a la expansión del universo, de los agujeros negros a los de gusano, de Newton a Einstein y de ellos a Hawking, del nacimiento y la muerte de las estrellas a la energía que emiten, las leyes que las rigen y su futuro, de primeras miradas al cielo nocturno a los últimos avances en cosmología, el libro es un compendio de todo lo que sabemos contado para que cualquiera con un bachillerato bien hecho pueda entenderlo.

Bienvenidos al universo

N. deGrasse Tyson, J. R. Gott y M. A. Strauss. Traducción de F. M. Vázquez Oberon, 2017. 470 páginas. 29,95 euros



Atardecer en la Región de los Mil Lagos, en Finlandia. GETTY

POESÍA

El árbol sueña con la nube

Una doble apatridia, lingüística y vital, marca la original obra de Edith Södergran, mito fundacional de la poesía nórdica, cuya obra completa se publica en España

POR CARLOS PARDO

Edith Södergran es el mito fundacional de la poesía nórdica moderna. Finlandesa nacida en San Petersburgo en 1892, se formó en un galimatías lingüístico: su padre hablaba el sueco arcaico de una minoría finlandesa; su madre socializaba en ruso y francés, y la pequeña Södergran estudió en un colegio alemán, idioma de sus primeros poemas. Cuando es adolescente, su padre enferma de tuberculosis y traslada la familia a Raivola, en la frontera de Rusia y Finlandia: allí las residencias de verano de los petersburgueses adinerados chocaban con la miseria de la población local. Enferma también ella de tuberculosis, Södergran sólo saldrá para breves estancias en sanatorios. Una doble apatridia, lingüística y vital, marcará una originalísima obra poética.

En España existían buenas antologías, pero Södergran gana leida al completo, en la despojada traducción de Neila García. Como afirma el prólogo de Elena Medel: "La escritura genera identidad". Y añade: esta poesía se encuentra "despojada de nombres, fechas y recuerdos sin literaturizar". En Södergran todo parte de la vida, pero nada entra en el poema si no ha sido "poetizado", según el *dictum* simbolista. Por ejemplo, en su primer libro, *Poemas* (1916). Esta poesía de cielos, lagos y piedras, donde el día bebe el calor de una mano y el árbol sueña con la nube que una vez lo rozó, anticipa la poderosa naturaleza, levemente humanizada, de la gran poesía nórdica del siglo XX. "Qué despacio desgasta el tiempo la esencia de las cosas", escribe, porque el paisaje es un estado de ánimo antirretórico: "La belleza no es la fina salsa en que los poetas se sirven a sí mismos". Se habla de su expresionismo, pero si tuviéramos que buscar afinidades a Södergran, no estarían lejos el Machado simbolista de *Soledades* y el Juan Ramón *Jaive* de aquellos años.

Poemas pasó inadvertido, salvo para una vanguardia de poetas finlandeses que lo tomaría como modelo, pero con *La lira de septiembre* (1918) Södergran se hace popular, si bien como bicho raro. No ayuda su nota introductoria: "La seguridad que tengo en mí misma se debe a que he descubierto mis dimensiones. No me conviene hacerme menos de lo que soy". Le sobran motivos para la autosuficiencia en este libro escrito desde la miseria sobrenvenida con la Revolución de Octubre. Södergran acentúa la libertad del ritmo, la densidad de las imágenes y el magisterio del Nietzsche de *Zaratustra* y *Ecce Homo*; es decir, el más inflado y egótico, pero también el enemigo de la *doxa*. Hay que reconocerle una escritura pionera que socava los clichés que su época reservaba a "lo femenino".

En *El altar de las rosas* (1919) y *La sombra del futuro* (1929), las imágenes se radicalizan: las estrellas son Calderilla lanzada sobre la tierra. Södergran se aísla cada vez más del mundo de las convenciones y su tono alcanza una peculiar pulsión religiosa, pero corporal y antimetafísica. Una poesía con todos los ingredientes para convertirse en un delirio megalómano (y a ratos lo es) si no la salvara un acendrado compañerismo: "Como no tenemos patria, podríamos ser un pueblo", escribe.

Edith Södergran murió en la miseria en 1923, con 31 años. En sus maravillosos nueve últimos poemas, publicados póstumamente, regresa la exactitud de sus comienzos: "Los árboles de mi infancia se yerguen altos sobre la hierba / y sacuden la cabeza: ¿qué ha sido de tí?". Sin compañeros, sola, en pocos años había inventado la poesía nórdica moderna.

Encontraste un alma

Edith Södergran. Prólogo de Elena Medel. Traducción de Neila García Nórdica, 2017. 532 páginas. 25 euros

ENSAYO

Inventar la mirada



La copa de vino (circa 1658-1660), de Johannes Vermeer. GETTY

POR PILAR BENITO OLALLA

La Holanda dorada del siglo XVII sigue siendo fuente inagotable de investigadores y novelistas. A ese microcosmos fascinante nos acerca el ensayo de la historiadora norteamericana Laura J. Snyder (Nueva York, 1964) para recrear al detalle la vida cotidiana de dos gigantes de Delft, el pintor Johannes Vermeer y el diletante científico Antoni van Leeuwenhoek. Ambos realizaron inmensas aportaciones al arte y a la ciencia gracias al uso de nuevos instrumentos ópticos en sus respectivos quehaceres, como la cámara oscura (Vermeer) y el microscopio (Leeuwenhoek), y transmitieron una nueva mirada sobre el mundo, a la vez que nos mostraron un universo invisible y misterioso.

Vermeer experimentó con espejos, lentes y cámara oscura en sus cuadros para pintar los objetos y las personas bajo distintas condiciones de luz, y así descubrir efectos pictóricos sorprendentes y generar atmósferas singulares. Casado con una católica y con una familia numerosa a la que mantener, el marchante y artista no pintó muchas obras, pero estas son joyas que evocan a la perfección ambientes íntimos e intemporales. Murió a los 43 años, y dejó una deuda considerable que Leeuwenhoek tuvo que gestionar como albacea. Más allá de este dato, no hay pruebas directas de su relación, sin embargo es muy probable que se conocieran y hasta que fueran amigos, como aventura Snyder. Y esta hipótesis se convierte en el delgado hilo con que la autora cose los episodios entrecruzados de sus vidas siguiendo un orden cronológico, salpicado por los avatares políticos, sociales y científicos de la época.

Si detallistas son los análisis de numerosos lienzos de Vermeer, más prurito demuestra aún Snyder en el seguimiento de las peripetias científicas de Leeuwenhoek con sus microscopios. Este comerciante de paños aficionado a la ciencia conseguiría acceder a un mundo minúsculo, vivo que abriría puertas a la futura investigación científica en anatomía o medicina. En su correspondencia con la Royal Society londinense, describía lo que veía con sus magníficos microscopios de una sola lente: gotas de agua, insectos, larvas, huevos, ojos, fluidos de animales y suyos, hasta llegar a descubrir los espermatozoides. Ningún objeto era indigno de su curiosidad. El secretismo de sus métodos dificultó al principio la aceptación de la comunidad científica. Sin embargo, Robert Hooke, autor de *Micrografía*, llegaría a validar la vida microscópica que el pañero neerlandés había medido.

Snyder no escatima datos en su estudio y nos ofrece un acicate para recuperar la perplejidad y admiración por aquellos valientes pioneros y sus objetos maravillosos, "los ojos artificiales". Tanto Vermeer como Leeuwenhoek llevaron su pasión experimental hasta el extremo, y gracias a ellos, también a otros muchos curiosos, practicantes del método científico baconiano, y abiertos al uso de instrumentos ópticos, se produjo en el siglo XVII, en los Países Bajos y en la pequeña ciudad de Delft, el nacimiento de una nueva mirada.

El ojo del observador

Laura J. Snyder. Traducción de José Manuel Álvarez-Florez Acanalado, 2017. 534 páginas. 29 euros